Primera parte

Fundamentos

No recordamos días.
Recordamos momentos.

Cesare pavese

Es posible que la experiencia sea el mejor maestro pero ¿cuándo comienzan las experiencias formativas? ¿En el nacimiento, en la concepción o, como algunos sabios dicen, en vidas anteriores? Cualquiera que sea la respuesta, podemos estar de acuerdo en que nuestros yoes adultos crecen de las semillas de nuestra infancia.

Los momentos de mi propia infancia me proporcionaron un fundamento para todo lo que vino después. He descubierto que es un ejercicio intrigante revisitar los sucesos de mi juventud, que fueron inesperados y de algún modo inevitables. Mi vida y mi carrera como profesor y autor solo cobran sentido al mirar atrás.

En la Primera parte pongo todas las cartas sobre la mesa: los naipes que me tocaron y cómo los jugué. Espero que mis lectores disfruten del juego a medida que se despliega.

Capítulo 1

Momentos definitorios

Hay momentos en los que el
único medio de transporte
que tienes a tu disposición
es un salto de fe.

Margaret Shepherd

Principio de la primavera de 1964, 10:15 hora del meridiano de Greenwich.

Me elevé muy por encima de una cama elástica, realizando un salto mortal en el aire en el Royal Albert Hall de Londres, en el primer Campeonato Mundial de Gimnasia Trampolín —cama elástica—. En esta, mi última actuación, después de haber completado dos giros dobles de una serie de diez rebotes, me quedé completamente en blanco. No tenía ni idea de qué hacer a continuación.

Esto no era del todo sorprendente, puesto que había volado desde California a una hora temprana esa misma mañana. Cuatro horas de sueño sin descansar dieron una cualidad onírica a este momento de congelación. ¿Y por qué no de sueño? Eran las 2:15 de la madrugada en casa.

Unas pocas horas antes había entrado en el estadio donde se realizaba la competición y vi el caos controlado de atletas de

catorce países en el suelo de ahí abajo, calentando sobre cuatro camas elásticas. Vi a Gary Erwin, el actual campeón de la National Collegiate Athletic Association (NCAA), con su estilo y atuendo característicos, a quien había visto antes en televisión. Después atrapó mi atención Wayne Miller, realizando un movimiento que yo nunca había logrado, actualmente denominado *el Miller.* Yo era el actual campeón nacional de la Federación de Gimnasia de Estados Unidos (USGF), y por eso había sido invitado.

Gary, Wayne y sus entrenadores —quienes, según me enteré, estarían en el panel de jueces— habían llegado varios días antes para aclimatarse. Yo tenía dieciocho años, estaba solo y aturdido por el *jet lag.*

Tras haberme visto realizar unas secuencias básicas de calentamiento, nadie habría apostado por mí. Tenía que apoyarme en la fe, más que en la confianza en mí mismo. "No importa quien gane las series de calentamiento", me recordé a mí mismo.

Solo al subir a la cama elástica para iniciar mi serie final me di cuenta de que no estaba completamente solo. Al escanear al público expectante, y ahora silencioso, y el panel de jueces, elevé la mirada hacia el tablón de anuncios y vi, no solo a George Nissen, el inventor de esta modalidad y anfitrión de estos campeonatos, sino también, para mi sorpresa y deleite, a Xavier Leonard, mi profesor local en la escuela secundaria y primer instructor de cama elástica, con la atención fija en mí.

Un escalofrío me recorrió la columna.

Ahora, en medio del aire, jugándomelo todo, tenía que seguir adelante, hacer algo, cualquier cosa, y la hice. Mi cuerpo, y los años de entrenamiento, decidieron por mí: un movimiento siguió a otro. Rebote Zen, sin mente —o *mushin*—, como lo llamaban los guerreros samuráis. Otros se refieren a este estado de absorción como la zona, o el estado de flujo, o experiencia cumbre.

Muchos deportes y juegos, como el tenis, el golf, el béisbol o nadar, requieren habilidad atlética, pero no es probable que nadie muera mientras los practica. En deportes de guerreros, como la cama elástica y la gimnasia, la escalada libre en solitario, el surf con grandes olas, el salto base y otros desafíos extremos, uno se la juega: un momento de falta de atención, un simple despiste pueden llevar a la catástrofe.

Años antes, un amigo que también practica el salto sobre cama elástica y yo jugábamos a un arriesgado juego en el que yo hacía un salto mortal tras otro, hasta que mi amigo me pedía un movimiento difícil, como doble giro hacia atrás: una orden gritada que parecía pasar por alto mi mente consciente e ir directamente al cuerpo, que entonces realizaba el movimiento por su propia cuenta. Jugar al límite daba miedo y a la vez resultaba emocionante. Nunca pensé que aquel divertido juego iba a ser tan crucial para mí, hasta entonces, hasta en esos momentos en los que estaba en el aire.

Sin pasado, sin futuro, sin identidad. Solo conciencia cinestésica a medida que el cuerpo completaba un movimiento tras otro: un salto mortal con doble giro, otro giro múltiple…

Al no estar seguro de cuántos movimientos había completado, tenía que confiar en mis años contando de forma subliminal, acabando con un salto mortal hacia atrás de uno y tres cuartos, y después sobre un salto mortal hacia atrás desde mi vientre, aterrizando sobre los pies. Estaba hecho. Miré a mi alrededor, integrando al público a medida que los aplausos aumentaban.

Al volver a mi silla, miré para ver al señor Leonard sonriéndome. Sentí manos que me tocaban el hombro, que me daban palmadas en la espalda. La realidad finalmente penetró: acababa de ganar el primer Campeonato del Mundo de Gimnasia Trampolín. Recuerdo vagamente que di la mano a Gary y Wayne al subir al podio. Sonaron las trompetas y George

Nissen me dio una copa de plata. Los *flashes* de las cámaras no paraban de saltar.

Mientras mi taxi se dirigía hacia Heathrow, para tomar mi vuelo de vuelta a casa, me di cuenta de que su conductor no sabía nada de la competición, ni tampoco los numerosos londinenses y turistas que seguían con su propia vida. Ese día solo fue una nota a pie de página menor en la historia del deporte. No obstante, mi sensación de las posibilidades que contiene la vida había cambiado. No, yo no era una leyenda en mi propia mente —y nunca lo sería—, pero había alcanzado algo real en los primeros dieciocho años de mi vida que nadie podría arrebatarme nunca.

Con un suspiro, me senté en el asiento del avión que aceleraba para despegar y fui elevado, una vez más, al cielo. Incapaz de dormir, me dejé llevar por un río de recuerdos sobre todo lo que me había llevado a aquel tiempo y lugar…

Comienzos

Pasé mi primera infancia en un apartamento alquilado de Los Ángeles en el bulevar Silver Lake, una calle con mucho tráfico que fue, siguiendo la tradición familiar, el lugar de mi casi fallecimiento, cuando una vez me metí en medio del abundante tráfico siguiendo los botes de una pelota. Mi padre, que había mirado hacia otro lado momentáneamente, permitiendo así mi escapada, me rescató de la situación límite y me dio la única zurra de mi infancia.

En otro ejemplo de haber corrido riesgos desde muy pequeño, durante una salida familiar a la playa, me lancé contra las olas. Me derribaron y rodé bajo el agua, y me dio tiempo a ver un ondulado cielo azul y después conchas iluminadas por el sol, que brillaban sobre el fondo arenoso, antes de que los fuertes brazos de mi padre me levantaran de la espuma y empezara a toser.

A los seis años, nos trasladamos a una casa en propiedad, en un vecindario con muchas familias de origen japonés e hispano, cuyos niños se convirtieron en mis compañeros de colegio. Pasaba el tiempo siguiendo a Steve Yusa, un chaval muy despierto de nueve años que tenía la edad de mi hermana DeDe. Lo que aprendí de Steve lo transmití a mis amigos más jóvenes del vecindario, Timmy y Tootie: practicando los roles duales de estudiante y profesor.

Una tarde me junté con Steve y sus amigos mayores, que fueron a explorar una casa en construcción. Aquel día particular, trepamos nuestra montaña urbana para disfrutar de la vista elevada desde el tejado de madera. Unos seis metros más abajo había un gran montón de arena: una aventura inesperada.

Steve fue el primero en saltar, seguido por sus amigos.

—Es tu turno, Danny —me dijo.

Me aproximé al borde y, a continuación, di un paso atrás; mi corazón latía con fuerza.

—¡Hazlo! —gritó Steve.

—No puedo, ¡es demasiado alto!

—¡Vamos! —respondió. A continuación, Steve dijo algo que recordaría durante el resto de mi vida: —"¡Deja de pensar en ello y salta!".

De modo que salté. Aquel momento de coraje me ganó unos segundos de vuelo ingrávido, seguidos de un aterrizaje suave, al hundirme hasta las rodillas en el montón de arena. Pasamos la hora siguiente subiendo al tejado y saltando desde él. Después de eso, adquirí cierto gusto por las acrobacias arriesgadas, jugando en el límite del miedo.

Pero pronto regresé a la tierra: me apuntaron temprano en el jardín de infancia y, a partir de entonces, siempre fui el niño más joven de la clase: menos maduro socialmente, más pequeño físicamente, más lento a la hora de captar los

conceptos de las matemáticas, y desconocedor de los secretos que mis compañeros parecían entender. Sintiéndome como Clark Kent, soñaba con convertirme en un superhéroe.

Tal vez esa sea la razón por la que Peter Pan y Superman destacaron tanto en mi infancia. Mirando atrás, Peter encarnaba la infancia eterna y la libertad, mientras que Superman representaba el poder y el potencial humano. Y los dos podían volar. En busca de la elevación, trepaba a los árboles, me balanceaba en cuerdas y saltaba de los tejados bajos con paracaídas improvisados, anhelando elevarme por encima de la rutina del mundo.

Por entonces, mi mundo era muy pequeño, mis horizontes limitados. Mi madre, quien influyó en mis visiones tempranas, me habló del Ratón Pérez, del Conejo de Pascua, de Santa Claus y de Dios como ficciones equivalentes. Sentí la influencia de mi padre principalmente en el área de la salud y la puesta en forma. Sintiendo el deber de enseñarme sobre mi herencia judía, papá me animó a probar la escuela hebrea, pero no iba conmigo. Sin una conexión con las enseñanzas religiosas o la tradición, tuve que encontrar mi propio camino, expresado a través de una fe creciente y siempre cambiante en el operar misterioso del mundo natural.

Bumerangs y una pistola de balines

En la década de los 50 deambulé por un reino de fantasía y recuerdos episódicos: mi primo Davy y yo, hipnotizados por los empleados-magos de Hollywood Magic, intercambiábamos nuestras pagas por una guillotina de dedo o un mazo de cartas que desaparecían. También lanzábamos bumerangs en el parque, y yo desarrollé suficiente habilidad con un látigo como para partir una pajita que Davy sostenía en la boca. También adquirí experiencias infantiles haciendo acrobacias

con el yo-yo, lanzando la honda, o el *frisbee*, balanceándome en lianas como Tarzán, o dando vueltas al lazo y atrapando con él a todo el que se pusiese a tiro. Después de construir con escasos medios y hacer volar una cometa, tomé lecciones de esgrima antes de sumergirme en la ventriloquia con mi muñeco Charlie McCarthy.

Practicar todas estas habilidades me enseñó pronto que todo es difícil hasta que se vuelve fácil.

Después de muchas súplicas, mi padre me compró una pistola de balines, que venía con instrucciones para usarla de manera segura. Era un buen tirador y practiqué con la misma pasión obsesiva que había dedicado a mis anteriores empeños. Pero un día, por un capricho, apunté al pequeño perfil de un pájaro posado en un cable a tres casas de distancia, sin esperar acertar. Disparé y vi al pájaro caer. Preocupado por haber herido al pájaro y porque podría estar sufriendo, corrí calle abajo, subí las escaleras y trepé al tejado. El pájaro estaba muerto con el agujero de un balín en la cabeza.

Pocas semanas después, mientras un gorrión volaba por encima de mí, apunté el cañón de mi pistola hacia el cielo y, sin siquiera apuntar, disparé al azar. Al instante siguiente, el pájaro cayó a plomo sobre unos arbustos. Horrorizado, corrí a buscarlo. Al acercarme al arbusto, el gorrión despegó y se alejó volando, con lo que sentí un gran alivio.

Aquel mismo día regalé mi pistola de balines.

Tutús, pantalones ceñidos y una cama elástica

Cuando tenía diez años, dos sucesos sin aparente relación apuntaron hacia mi futuro. Como mi madre, que tocaba el piano para una clase de danza moderna, no quería pagar a una niñera, me encontré rodeado de leotardos y tutús en una clase compuesta por unas diez chicas y yo. Todos íbamos con

pantalones ceñidos ante la insistencia de la profesora. A pesar de mi renuencia inicial, la danza moderna me enseñó control muscular, flexibilidad, ritmo y cómo poner en punta los dedos de los pies.

Aquel verano, en un campamento de día, me topé por casualidad con una cama elástica, situada al nivel del suelo, que me liberaba de la gravedad, aunque solo fuera por unos segundos. Después de eso, pasé todos mis ratos libres saltando, principalmente solo, intentando adivinar cómo dar el salto mortal hacia delante. Durante mi última semana intenté repetidamente aprender a dar un giro completo, pero aterrizaba con la cara, arañándomela tanto que tenía postillas en la frente, las mejillas, la barbilla y el labio superior. Pero igual que en danza logré mantenerme erguido sobre los dedos de los pies, en este caso mi entusiasmo tampoco disminuyó.

Pasaría todo un año antes de que encontrara otra cama elástica.

Abusones

De niño, uno de mis libros favoritos era *The Story of Ferdinand* —El cuento de Ferdinando—, que iba sobre un toro que prefería sentarse tranquilamente y oler las flores que lidiar en el ruedo. Como era más joven y débil que mis compañeros de clase, y a veces hablaba demasiado para mi propio bien, atraje la atención de un niño peleón que me dio un puñetazo. Más sorprendido que herido, le evité a partir de entonces.

En sexto grado me ocurrió un segundo incidente. Yo le caía mal a otro niño por razones que creo que ninguno de nosotros entendía. De algún modo, él influyó en nuestros compañeros para que dejaran de hablarme. Durante los días siguientes detesté ir a la escuela. Me dolía el estómago y perdí el apetito. Un día, el abusón y algunos de sus amigos

me pillaron mientras volvía de la escuela a casa. Después de amenazarme de diversas maneras, uno de ellos me dio un puñetazo en el estómago. Satisfechos con mis lágrimas, se alejaron caminando. Pasaron algunos días, en los que fui evitado por todos excepto por mis dos mejores amigos —que solo me veían a escondidas—, por lo que me sentí suficientemente desesperado como para pedir a la profesora que me dejara decir algo delante de toda la clase. Sorprendida, ella dijo que sí y pidió a todos que se callaran. Con voz temblorosa dije a los demás niños que me molestaba que nadie quisiera hablar conmigo. Después de eso, todo volvió a la normalidad, pero aquello me hizo empezar a preguntarme por qué la gente se comportaba así.

Ese verano, llevando mi lazo western, fui con mis jóvenes protegidos, Tootie y Timmy, a la zona de juegos de Silver Lake. Mientras les enseñaba a hacer lazos, tres abusones nos rodearon y me amenazaron, pidiéndome la cuerda. Con los labios y las rodillas temblando, se la di. Ellos la usaron para atarme a un poste de teléfonos que había justo al lado del parque. Después, riéndose, se fueron, dejando que Timmy y Tootie me desataran. Con las mejillas húmedas, caminé hasta casa con la cabeza gacha mientras mis amigos me seguían en silencio.

La llamada del guerrero

Finalmente, los temores y dolores de mi infancia rebosaron dando lugar al enfado. Cansado de sentirme intimidado, pregunté a mi padre cómo podía aprender a defenderme. Él me llevó a un gimnasio de boxeo, pero no me gustaba que me golpearan ni golpear a otros, de modo que contrató clases particulares con Bruce Tegner, un sensei de kárate de Hollywood que había enseñado a George Reeves, el actor que hacía de Superman en televisión. El sensei Bruce me enseñó algunos

movimientos que incrementaron mi confianza. Y lo mejor de todo, me dio una foto con un autógrafo de Superman.

Al cumplir los once años, mi cuerpo y mi vecindario empezaron a experimentar algunos cambios. Un solar vacío que había en la parte alta de la calle, y que antes había sido un bosque de palmeras, se convirtió en un centro cultural japonés. El día de la apertura, papá y yo vimos una exhibición de judo en la que unos niños lanzaban al suelo a adultos haciendo palanca. Cada uno de los atacantes aterrizaba con un ruido sordo, cayendo sin lesionarse. Una semana después empecé a ir a clase dos veces por semana a un *dojo* —escuela del camino— con muchos estudiantes japoneses. Me gustaban los rituales de saludarse haciendo la reverencia y las tradiciones, así como el *gi* o uniforme, que me ataba con un cinturón blanco completamente nuevo.

A lo largo de los meses siguientes aprendí giros, caídas y llaves de judo. Un gigante amistoso y pelirrojo, que era cinturón negro y se llamaba Gene LeBell, dejaba que los niños le derribáramos en la colchoneta, lo cual hacía las delicias de todos nosotros. En mi primer torneo, enfrentándome a un niño de mi edad que pesaba más kilos que yo, probé una llave circular —*tomoe nage*—. Él cayó encima de mí y me inmovilizó.

La práctica del judo pronto dio lugar a otros intereses, como las acrobacias, donde mi éxito no dependía del fracaso de otro.